https://doi.org/10.29393/CF6-3DPCF10003

DISCURSO DEL PROF. DON JORGE IVAN HUBNER GALLO, PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA, EN LA SESION INAUGURAL DEL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE "EL PENSAMIENTO FILOSOFICO EN ESPAÑA E IBEROAMERICA", EFECTUADA EN EL SALON DE HONOR DE LA ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1976

SR. RECTOR DELEGADO;

SR. DIRECTOR DEL INSTITUTO CENTRAL DE FILOSOFIA DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION;

SEÑORES Y SEÑORAS:

Me es particularmente honroso y grato tomar parte en el acto de inauguración del Seminario Internacional sobre el pensamiento filosófico en España e Iberoamérica, organizado por el Instituto Central de Filosofía de la Universidad de Concepción y por la filial en esta ciudad de la Sociedad Chilena de Filosofía. Constituye, en efecto, no solo un honor, que les agradezco mucho a mis distinguidos anfitriones, sino también un señalado agrado, tener la oportunidad de visitar esta hermosa ciudad universitaria, que nos evoca, por su prestigio y sus características, antiguos centros académicos del Viejo Mundo: sentir aquí la presencia inmanente de ese gran espíritu y noble y dilecto amigo, que fuera don Enrique Molina Garmendia: y comprobar cómo la semilla de su obra sigue fructificando en diversas formas, a través de los años, con permanente y renovada vitalidad, como lo demuestra, por ejemplo, este foro filosófico de alto nivel que se inicia esta tarde.

En el programa de esta sesión se me ha asignado un tema complejo y problemático, el porvenir de la Filosofía en América Latina —como yo diría, en Hispanoamérica—, que me presenta, desde luego, graves dificultades. Por una parte, no necesito decirles que no soy taumaturgo, profeta ni augur, ni he pretendido en ningún momento serlo, para vaticinar el futuro del pensamiento en materia alguna. Siempre he estimado, por lo demás, que una de las mejores disposiciones de la Divina Providencia es la de mantener piadosamente oculto a nuestros ojos el misterio, triste o gozoso, que nos reserva el porvenir, el panorama esperanzado de la vida y el día incierto e inexorable de nuestra muerte.

Por otra parte, antes de proyectar nuestra reflexión hacia el porvenir, cabría formularse dos preguntas previas, a saber: 1º) ¿Existe la Filosofía en Hispanoamérica, entendida no como un simple e intrascendente escarceo intelectual sino como un ejercicio vigoroso y creador? 2º) ¿Existe o puede llegar a existir una Filosofía Hispanoamericana, es decir una filosofía autóctona, original y propia?

Ambas cuestiones han sido objeto, desde hace varios años, de maduros análisis y de controvertidos puntos de vista.

Sobre el primer punto, existe el consenso general, que también comparto, en el sentido de que no ha aparecido hasta ahora, en Hispanoamérica, una obra de la jerarquía de las grandes creaciones filosóficas europeas. En la época precolombina desde luego, no hay nada de verdadero interés. En la larga siesta de la colonización surge una que otra figura importante, como la del metafísico de tendencia escolástica *Fray Alfonso Briceño* (1590-1668) o la del famoso teólogo jesuíta padre *Manuel Lacunza* (1731-1801), ambos nacidos en Chile, pero que, —haciendo abstracción del valor que se les reconozca—, corresponden a un período en que nuestros pueblos aún no han alcanzado la independencia. Considerando, entonces, la etapa que comienza con las primeras décadas del siglo XIX y se extiende hasta nuestros días, debemos admitir que, cuando se escribe la historia de nuestro tiempo, junto a Hegel, Husserl, Dilthey, Scheler, Bergson o Heidegger, no se encuentran nombres de autores hispanoamericanos que puedan inscribirse a su misma altura. Los trabajos de Enrique José Varona, en Cuba; de Alejandro Deústua, en el Perú: de Alejandro Korn, José Ingenieros y Alberto Rougés, en la Argentina: de Raimundo Farías Brito, en el Brasil; de Carlos Vaz Ferreira, en el Uruguay; de José Vasconcelos y Antonio Caso, en México; de Rafael Fernández Concha y Enrique Molina, en Chile, por citar sólo autores cuyas principales obras se publicaron con anterioridad al año 1950, tienen una significación relevante en el ámbito intelectual de sus respectivos países, logrando incluso alguna irradiación más allá de sus fronteras; pero, sus verdaderas dimensiones, forzoso es confesarlo, están lejos de las que distinguen a los grandes filósofos europeos de sus mismas generaciones. No obstante, ante este panorama, comparativamente menesteroso,, coincido con la opinión de Aníbal Sánchez Reulet, que, en la introducción a su antología de "La Filosofía Latinoamericana Contemporánea",

publicada en 1949 por la Unión Panamericana, señala que el hecho de que no se haya llegado a un alto nivel en nuestro campo "no invalida la importancia del esfuerzo", "ni el valor intrínseco de los resultados obtenidos".

¿Por qué no hemos llegado a la cima del pensamiento filosófico, en circunstancias de que, en otros dominios, como en el arte, la literatura y aún en ciertas especializaciones científicas, tenemos personalidades que han adquirido un renombre mundial, conquistando, algunas de ellas, esa alta y preciada consagración que es el Premio Nóbel?

Este interrogante puede tener varias explicaciones plausibles. El profesor boliviano Manfredo Mercado, en su "Historia de la Filosofía en Latinoamérica", acota que no todos los pueblos tendrían la misma capacidad para la filosofía. "Es cosa sabida que existen pueblos más capaces que otros en determinadas actividades del espíritu. El alemán, por ejemplo, es un pueblo de una mentalidad filosófica muy desarrollada. Otros, por el contrario, han demostrado muy escasa capacidad para la filosofía, siendo esto característico de la mayoría de los pueblos latinos". Es posible que este elemento, que podríamos llamar *vocacional,* sea, en parte, responsable de la situación comentada. Pero, hay otro factor que me parece de mucha trascendencia: la falta de una suficiente madurez de la cultura hispanoamericana. "El buho de Minerva —ha dicho Hegel— vuela al atardecer". La historia nos demuestra, en efecto, tanto en la antigua Grecia, como en el esplendor del Imperio árabe, en la cristiandad medieval o en la Europa contemporánea, que las grandes creaciones filosóficas sólo vienen a emerger cuando un ciclo cultural ha alcanzado el cénit, y, quien sabe, si cuando ha comenzado a periclitar. Pienso que la cultura hispanoamericana está aún en la adolescencia, en esa feliz edad, sin mayores responsabilidades, en la que tanto los hombres como los pueblos se caracterizan más por el sentimiento espontáneo, la emoción del momento y la imagen huidiza, que por la razón especulativa, la meditación serena y la idea perdurable y fecunda.

Pasemos ahora al segundo tópico que enunciaba al principio. ¿Podemos hablar de una Filosofía Hispanoamericana propia, diferente del acervo filosófico común de la humanidad?

Personalmente, creo que no sólo la respuesta debe ser categóricamente negativa, sino que, más aún, la pregunta envuelve una contradicción en los términos. Quien dice Filosofía, dice universalidad. No puede haber una Filosofía chilena, argentina o colombiana, como no puede tampoco concebirse una geometría, una física o una química con una determinada nacionalidad, por la sencilla razón de que, en un caso o en los otros, aunque el sujeto tenga distintas calificaciones, el objeto de su estudio será siempre universal. Lo dicho no es óbice para que la Filosofía pensada y escrita en América no pueda tener, sin perjuicio de su universalidad, ciertas orientaciones selectivas y ciertos rasgos que la distingan. Así como la Filosofía Norteamericana se caracteriza, por ejemplo por el pragmatismo y el sociologismo y la germana por la inclinación metafísica y el idealismo,

tal vez, la nuestra se singularice por el eclecticismo y el sincretismo, como una consecuencia propia de las múltiples y variadas influencias que concurren en su formación.

Por otra parte, creo que no debemos avergonzarnos, sino enorgullecernos, de que el pensamiento filosófico hispanoamericano, en la medida en que se desarrolla, no constituye ni constituirá un vano intento de originalidad autóctona, con sabor a folklore barato, sino una prolongación de la gloriosa tradición del pensamiento occidental. Dígase lo que se diga, somos espiritualmente europeos y no podemos renegar de nuestra estirpe. Sócrates, Platón y Aristóteles; Marco Aurelio y Cicerón; San Pablo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino; Suárez y Vitoria; Descartes y Pascal; Kant y Kierkegaard, Bergson y Scheler, son, entre muchos otros, nuestros insignes antepasados, que nos legaron una herencia espiritual que nos enaltece y que tenemos el deber de conservar y acrecentar, sin desvirtuar su íntima esencia.

Llegamos ahora, después de estas consideraciones preliminares, al título preciso de este trabajo, a la incógnita del porvenir. La forma de abordarlo, y sus perfiles fundamentales, están ya dados con lo expuesto hasta aquí, por lo cual fluyen ahora en forma breve y expedita las conclusiones.

En primer término, al referirme al porvenir de la Filosofía en Hispanoamérica, el sentido que estoy dando a esta disciplina está doblemente enmarcado. Por una parte, hablo de la Filosofía en su más alto nivel de expresión creadora; por otra parte, le atribuyo, por su objeto, un carácter eminentemente universal, excluyendo toda pretensión nacional o localista.

¿Qué perspectivas ofrece el futuro de la Filosofía, así entendida, en la ancha latitud y longitud de la América Hispana?

Pienso que la penuria actual está siendo rápidamente superada.

En un plano específico, se advierte, en las últimas décadas, en México o en Río, en Bogotá o en Buenos Aires, en Montevideo o en Santiago, un creciente interés por los estudios filosóficos. Se multiplican por doquier las Facultades, Escuelas o Institutos del ramo; se crean nuevas Sociedades de Filosofía; se reúnen congresos nacionales e internacionales; se editan revistas especializadas; se publican libros, monografías, traducciones de las principales obras extranjeras. La audiencia del público por nuestra inquietudes aumenta notoriamente. Podríamos decir que se ha creado en Hispanoamérica la infraestructura académica, administrativa e intelectual necesaria para servir de base al despegue del pensamiento filosófico en sus más elevadas manifestaciones.

Pero, más allá de estos aspectos en gran parte formales, estimo, como lo señalé anteriormente, que la aparición en nuestro medio de una gran filosofía universal, que nos coloque en este campo en un pie de igualdad con el Viejo Mundo, está condicionada a la maduración de la cultura americana en su conjunto. En la actualidad, vivimos aun en una prolongada adolescencia, en constante y doloroso trance de transformación y crecimiento en todos los órdenes. El dinamismo del presente nos permite mirar

con confianza el porvenir. A diferencia de ciertas civilizaciones estancadas, como las aguas muertas de una laguna, la nuestra se caracteriza por su pujante y continuo afán de superación, como un poderoso fluir, a veces rectilíneo y otras sinuoso, pero siempre decidido, hacia un mañana mejor. La vitalidad de nuestro espíritu se advierte en el rápido desarrollo, que supera con mucho un aumento puramente vegetativo, de las universidades, de la educación en todos sus niveles, de la alfabetización, de la producción editorial, de las actividades literarias y artísticas, de la labor científica, del intercambio intelectual con las naciones más avanzadas. Este proceso ha sido acompañado, al mismo tiempo, de un progresivo mejoramiento de los niveles de vida de los grandes sectores de la población, lo que ha facilitado que, año tras año, se incorporen mayores cantidades de estudiantes a la educación media y a los institutos de enseñanza superior. Mal que les pese a los demagogos, hace ya mucho tiempo que la cultura en Hispanoamérica ha dejado de ser el patrimonio de una minoría privilegiada.

Pues bien, sin necesidad de ser profetas, si realizamos simplemente una proyección hacia el futuro de las dos líneas de crecimiento señaladas, o sea, la de la organización social del pensamiento filosófico y la de la cultura hispanoamericana globalmente considerada, nuestra conclusión no puede dejar de ser optimista. Creo que las condiciones están dadas, a medida que la región logre sobrepasar la turbulenta crisis de la adolescencia y de la juventud, llegando a una etapa de madurez, de decantación y serenidad, para que en este apartado rincón del planeta surjan voces originales y potentes, que contribuyen, con las de otros meridianos, a enriquecer el peregrinaje intelectual de la humanidad.

El horizonte podrá, a veces, parecer obscuro; pero, recordando el verso de Darío, el gran poeta de la raza, puedo decir, con fe y con esperanza, ¡más será nuestra el alba de oro!

No considero oportuno continuar aventurando conjeturas o predicciones sobre este tema, cuando durante varios días será motivo de estudios y debates por parte de destacados pensadores chilenos y extranjeros, que lo analizarán con más autoridad que quien les habla. Por otra parte, así como Ortega ha dicho que "la cortesía del filósofo es la claridad", yo me permito decirles ahora que la cortesía del orador es la brevedad. Por eso, sin extenderme en mayores elucubraciones, cierro estas palabras reiterando mi agradecimiento a la Universidad de Concpción y a sus autoridades y docentes; deseando una feliz permanencia en el país a nuestros distinguidos huéspedes, que han venido hasta aquí desde otras naciones; y formulando sinceros votos por el éxito de este Seminario y por la ventura personal de sus participantes.